

# Prólogo al libro “La Composición de la Sal”

---

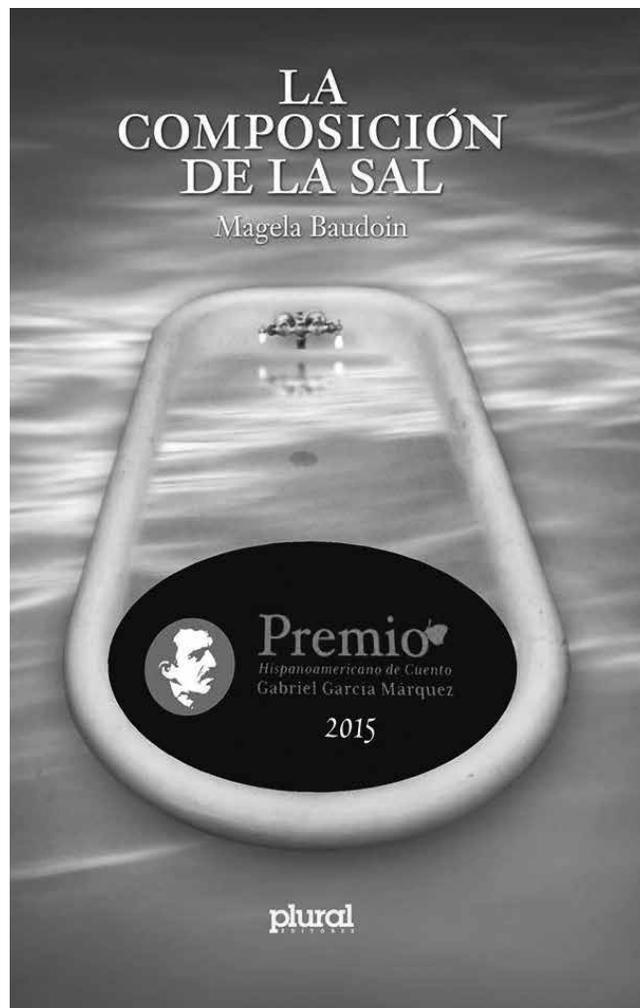
de Magela Baudoin

**Giovanna Rivero**

Comunicadora Social, escritora y Doctora en Literatura Latinoamericana en University of Florida.

Email: giovannarivero@gmail.com

---



## La sal es como el tiempo

Así como la sal es capaz de derretir el hielo y diluirse en los mares sin perder su identidad, así como la sal multiplica el ardor de una herida y, quemándola, la sutura de sí y la sana. Así como, en reposo, se expresa irreprochable en un cristal plateado, la sal, pura y venenosa, así se comporta la bella escritura de Magela Baudoin.

Esta escritora de prosa elegante se ha tomado su tiempo antes de entregarnos este puñado de cristales. Ha valido la pena. Y aunque los amigos la urgíamos a dar este paso, a cumplir con el rito que, de algún modo, completa el anhelo de comunicación de la escritura entregándose a los lectores, es decir, al mundo, Magela decidió esperar, fermentar la letra llevándola a sus confines simbólicos.

Sin embargo, quizás lo mejor o lo más significativo de su trabajo no resida sólo en la piel del lenguaje –en las palabras y esas pequeñas ecuaciones que Magela Baudoin sabe armar como llaves de karate-, quizás lo mejor esté cifrado en el otro juego, en la procesión que cada cuento lleva por dentro. De hecho, estoy tentada de decir que estos relatos son *“lobos con piel de oveja”*, pero esto que quisiera ser un aullido de gozo me ha resultado en una imagen gastada que no consigue expresar la verdadera dinámica de estos textos. Será el lector, en el intercambio de códigos, emociones e inteligencias que es la lectura, quien encuentre el mejor modo de comprender y apoderarse de esta propuesta literaria.

Mientras tanto, eso sí, quiero celebrar tres factores que, no obstante responden caprichosamente a mi modo de leer tanto este volumen de cuentos como la definitiva irrupción de esta escritora en el campo cultural boliviano y latinoamericano, pueden acompañar este recorrido iluminando algunos tramos de la post-lectura. (Actividad y momento que me parecen vitales y felices, pues visitar/entrar a un cuento después de haberlo leído, escudriñar con la memoria o cuestionarlo con la imaginación, constituyen un camino de reciprocidad imprescindible para que una literatura palpite y se bifurque en todas sus posibilidades). Estos son, entonces, los tres factores que he apuntado

durante mi post-lectura de *La composición de la sal*:

**1.** Me gusta el aura de anacronía que nubla y envuelve a cada historia. No importa si se trata de un drama en apariencia inmediato, como en *“Amor a primera vista”* o *“Gourmet”*; o si el pasado regresa, amoroso, para remontarnos a una infancia de barrio del siglo pasado como en *“Algo para cenar”*, o incluso si el relato apuesta a un futuro ya marcado por el enigma como en *“Dragones dormidos”*, o si se clausura con un promesa terrible de muerte como en *“Un verdadero milagro”*; lo cierto es que en estos relatos se produce un desfase de la ley del tiempo, una transgresión que, en realidad, no tiene que ver con la secuencia de los hechos, sino con el modo en que los personajes encarnan esos acontecimientos, convirtiéndose así en el tiempo mismo. Estamos, ya se ve, ante una prosa clásica que nos conduce, por las compuertas del lenguaje y del estilo, a una sensibilidad largamente trabajada. Esto concuerda también con el silencio (que se agradece) de efectos tecnológicos. En los cuentos de Magela Baudoin la apurada ficción que los subgéneros virtuales han filtrado en la escritura de este siglo –emails, tuits, texting, etc.–, si aparece eventualmente en sus relatos, apenas se nota. Y esto, claro, para el lector actual resulta ser una sorpresa fresca, lo invita a realizar un desembrague violento y subversivo en contrarritmo con *“lo actual”*, a sintonizarse con una veta de imaginación que se nutre de la tensión entre personajes, entre decisiones y vida, entre las palabras puras, palabras-mito, todavía intocadas por el formato de la virtualidad técnica, que ya con la virtualidad de la memoria suele ser suficiente.

**2.** Me gusta el cuento invisible que levita sobre cada cuento *“fáctico”*. Bebiendo de las tradiciones anglosajona y rusa de cuento, Magela Baudoin sabe cómo desarrollar un relato doble, e incluso triple. Pensemos en esas imágenes *“volcadas”* o *“en negativo”* o derramadas en puntos infinitos, que, al cabo de contemplarlas por largos segundos, recomponen en el interior del cerebro el aspecto luminoso o diurno y, sin embargo, latente y escondido de la figura. Creo que así funciona la narrativa de esta escritora. Entregándonos los negativos, las sombras evidentes de algo que ocurre o ha ocurrido más allá de las circunstancias detalladas

en el cuento. Como lectora, valoro enormemente este voto de confianza que el texto me otorga, pues no sólo me invita a completar la trama bajo las líneas de su argumento, sino que apela a mi propio pasado. Eso, también, es lo maravilloso de estos relatos que se desvillan de una hebra enraizada en un tiempo fantasma, que uno puede caminar sobre esa hebra y participar en la reconfiguración holística de sus razones existenciales. ¿Quién no ha sentido que los relámpagos que anuncian el advenimiento de una tormenta brutal no son, acaso, el augurio de un matrimonio o una amistad que se despeña irrevocablemente por causa de un error enquistado mucho antes, en un ayer ya desdibujado? Lean el cuento "Gourmet" y verán cuán natural nos resultan las batallas sordas de esa pareja.

**3.** Me gusta que Magela Baudoin sea una escritora de mi generación. Ya sé que esto suena políticamente incorrecto (y acaso incorrectamente político) y tal vez no venga a cuento; sin embargo, cuando aplaudo con alegría su participación literaria no lo hago porque Baudoin haya venido a llenar ningún vacío. No hay lugares vacíos, no hay agujeros en las banderas generacionales, no se trata de eso. Me refiero a que para todos, lectores, lectoras, escritores, sujetos deseantes, la irrupción de una voz con la cual dialogar sobre aquello que, por ejemplo, hizo de fines del siglo XX el siglo intenso, maravilloso, salvaje y contradictorio que fue, enriquece la agenda de nuestra imaginación pública. No es la acumulación de gente de la misma

edad escribiendo al mismo tiempo sobre más o menos las mismas cosas lo que, al fin y al cabo, da cuerpo a una camada, sino el diálogo –a nivel estético e ideológico– que esas hermandades establecen con el tiempo que precisamente los hermana. Eso es la contemporaneidad, esa trinidad espiritual. Creo, en efecto, que en este volumen de cuentos es posible reconocer ese diálogo con el tiempo de la modernidad, cuando las generaciones se entremezclan, desordenadas, contaminadas del deseo ajeno, impropio por joven u obscuro por decadente. Así sucede en el cuento "Borrasca", en que tres épocas se conectan por esa magnífica máquina del tiempo que es la buena literatura: una abuela y una nieta admiten que, más allá de las modas, está la pasión artística, quizás la más humana y animal de las pasiones. Y así, por la medionidad de la conversación, traen a este plano a Emily Brontë.

Por último, podría decir que los cuentos de Magela Baudoin beben ávidamente de la vida –casi en el modus narrandi de Alice Munro–, pero prefiero subrayar justamente lo contrario: estos relatos, como la sal en los mares, le devuelven a la vida algo que la realidad tiene la manía de restarle. Enhorabuena.